

DE LA PASTORAL EN LA CIUDAD A LA PASTORAL URBANA

How to Pass from the Pastoral Care in Town to an Urban Pastoral

FRANCISCO NIÑO SÚA*

Resumen

El artículo plantea un cambio de paradigma en relación con la Pastoral urbana, generalmente concebida como la acción de la Iglesia en la ciudad, al plantear lo urbano como una categoría englobante que supera los límites político-administrativos de las ciudades, que constituye una nueva cultura global, alimentada por los medios de comunicación social y que surge como un desafío para la acción evangelizadora de la Iglesia al comenzar el tercer milenio.

Palabras clave: Nueva evangelización, Cultura urbana, Iglesia y Ciudad, Inculturación.

Abstract

The article deals with the change of paradigm related to the urban pastoral, generally thought as the action of the Church in the city, when it really comes to consider its urban character as something globalizing, going beyond the political and administrative

* Doctor en Teología por la Universidad Gregoriana, Roma; Doctor en Derecho Canónico por la Universidad Santo Tomás, Roma. Magister en Psicología Comunitaria por la Universidad Javeriana, Bogotá; Licenciado en Educación y Especializado en Sagrada Escritura por la Escuela Bíblica, Jerusalén; Presbítero de la Arquidiócesis de Bogotá, Colombia. Ha sido docente en varias universidades y en la actualidad es profesor Ordinario en la Facultad de Teología de la Universidad Javeriana, Bogotá - Colombia. Miembro del Consejo Presbiteral Arquidiocesano y del Comité Teológico de la Conferencia Episcopal de Colombia. Canciller del Arzobispado de Bogotá y Moderador de la Curia Arzobispal. Entre sus publicaciones destaca: *La Iglesia en la ciudad*, Roma 1996. Correo electrónico: francisconino@javeriana.edu.co

Artículo recibido el 3 de marzo de 2010 y aprobado para su publicación el 15 de octubre de 2010.

boundaries of the city. This constitutes, in fact, a new global culture, nourished by the social mass media and it comes out as a challenge to the evangelizing action of the Church at the beginning of the third millennium.

Key words: New evangelization, Urban culture, Church and city, Inculturation.

LA CIUDAD: ACERCAMIENTO ETIMOLÓGICO E HISTÓRICO

El término *ciudad*, proviene del latín, *civitas-atis*, y es concebido como el «conglomerado urbano populoso y pleno de habitaciones, con una vida civilmente organizada»; en tal sentido, está vinculado etimológicamente a *civilización* (del latín, *civilitas*, *civilitatis*, sociabilidad, urbanidad), y es habitual observar el reclamo que se hace a la común raíz de los dos términos, contraponiendo *civil* (del latín *civilis*, perteneciente a la ciudad o a los ciudadanos) no sólo a *bárbaro*, sino también a *militar*, e incluso a *criminal*.

Finalmente, *ciudad* es también una traducción del término griego *pólis*, de origen antiguo (forma dialectal del eolítico, cipriota y cretense, que significaría originalmente «roca»). *Pólis* sería la designación más antigua y más general de asentamientos fortificados y en general, de centros habitados, si bien muchas «ciudades» griegas (p. e., Esparta), no fueron *una* ciudad sino varias, y además nunca tuvieron los «característicos» muros. El significado del término ha asumido diversos matices, de los cuales se acentuó progresivamente el político; en efecto, en un comienzo, las ciudades-estado griegas tuvieron unas dimensiones bastante modestas; pero cuando el dominio se amplía, la *pólis* designa un centro político determinante de un territorio dado, y más tarde, el territorio sobre el que ella domina: «el estado viene llamado *pólis* y no *ásti*, por encerrar a priori un mayor significado político, mientras que *ásti* indica la ciudad como complejo edificado y habitado, constituido por casas, muros y calles; es lo que se contrapone a los campos referidos con *xomai* o *démoi*. En el contexto alemán, en el que la experiencia urbana es aún más reciente, se subraya con mayor frecuencia su aspecto habitable y se la define «stadt». Consecuentemente, *polités* —como lo atestigua ya Platón—, designa a aquel que participa en la *pólis*, en su cualificación política.

LA CIUDAD: OTROS ACERCAMIENTOS

El acercamiento etimológico, abre así un horizonte tan amplio, que una definición del significado de *ciudad*, se hace difícil, por cuanto refiere a un inagotable cúmulo de experiencias diversificadas en el tiempo y en el espacio; según contextos histórico-culturales dados, el término podría aplicarse —y de hecho, ha sido aplicado— no sólo a terrenos urbanos circunscritos poblacionalmente, sino también a estados, al conjunto de habitantes, a modos de comportamiento, a sistemas socio-políticos, e incluso a actitudes existenciales. Con frecuencia se asumen unilateralmente motivaciones económicas para explicar el surgimiento de la ciudad, en detrimento de otras circunstancias y tareas que han cumplido similar tarea genética: la sacral, la militar, la administrativa (política), etc.

Desde diversas perspectivas, múltiples criterios han sido usados para identificar o distinguir la ciudad y ya desde los años 30 del siglo pasado, comienza a hacerse camino el problema de una definición de la ciudad que vaya más allá de una concepción puramente administrativa: la contraposición con lo agrario, la actividad por la cual ha sido generada o que prevalentemente desarrolla, el número de habitantes y el acceso a servicios comunes, el nivel de industrialización, los límites espaciales impuestos por sus murallas, sus características político administrativas, etc. Dichas perspectivas encuentran dificultades, pues aunque algunos entienden por ciudad «una aglomeración de habitantes en un área espacial», la incidencia de la «densidad social», es decir, de la alta frecuencia de las relaciones sociales interpersonales, aparece actualmente como un concepto aún más importante que el de la tradicional y cuantitativa «densidad numérica». La dificultad implícita en este planteamiento, radica en la falta de criterios homogéneos para definir qué condiciones ecológicas —presencia de qué servicios y en qué cantidad— así como demográficas —número de habitantes, 2.000, 10.000, 20.000, etc — confieren el rango de ciudad. Igualmente diversas han sido las relaciones entre ciudad y sociedad a lo largo de la historia: se pasa de la identificación radical a la «demonización» de la ciudad.

LA CIUDAD: ELEMENTOS CONSTITUTIVOS

En medio de semejante multiplicidad de perspectivas, geógrafos y sociólogos han tratado de distinguir los elementos constitutivos de la ciudad y que serían fundamentalmente tres: 1. un espacio, natural (que necesariamente condiciona su aspecto y estructura, cerca de las montañas, clima, suelo, etc.) y fundamentalmente humano (como resultado de la acción del hombre sobre el medio: adecuación del espacio físico a sus necesidades); 2. una determinada configuración demográfica (número de habitantes, edad, sexo, etc) y una determinada estructura social y comunitaria (estratificación en clases, formas de poder) que moldean la ciudad como institución económico-social (el predominio de una población joven exige una intensa red de escuelas, el estilo de familias depende de las políticas de vivienda, etc.); 3. el nivel técnico, que decide el tipo de construcciones y los mecanismos esenciales que constituyen la estructura básica de la ciudad.

Así, algunos concuerdan en llamar *ciudad* a una localidad muy densamente habitada, dotada de instituciones administrativas y de servicios comerciales y culturales que no se encuentran en un amplio territorio circundante, el cual por lo tanto, viene a gravitar sobre ella. Esta unidad básica, sin embargo, en el marco de una variedad tal de formas urbanas (p. e., las modernas *metrópolis*), hace difícil asumir una tipología unificada y una definición universalmente válida, tanto más cuando la multiplicación de estudios e investigaciones ha puesto en crisis y cuestionado

la tradicional imagen de ciudad que guiaba la valoración de los sociólogos, ya que para autores clásicos como Durkheim, Tönnies, Simmel, y Spengler, la neta dicotomía entre ciudad y pueblo, cultura citadina y cultura rural, se debía sobre todo a las dimensiones demográficas.

LO URBANO: ACERCAMIENTO ETIMOLÓGICO Y LINGÜÍSTICO

El análisis de lo *urbano* y de los fenómenos coligados permite ampliar un poco más el concepto de *ciudad*. El término latino *urbe* (*urbs*, *urbis*, «población rodeada de murallas») viene de *orbis-is*, (círculo, superficie circular). Lingüísticamente claras diferenciaciones son posibles: el adjetivo *urbano*, vendría a designar lo perteneciente a la ciudad; *urbanismo* se referiría al conjunto de conocimientos que se refieren al estudio de la creación, desarrollo, reforma y progreso de los poblados para satisfacer las necesidades materiales de la vida humana; *urbanización* sería la acción y el efecto de urbanizar, delimitando artificialmente un terreno para establecer en él un núcleo residencial urbanizado; *urbanizar* consistiría en hacer algo urbano y sociable, convirtiendo en poblado una porción de terreno, abriendo calles y dotándolas de luz, pavimentos y demás servicios municipales; *urbanidad*: sería sinónimo de cortesía, comedimiento, atención y buen modo (RAE, II, 1358).

LO URBANO: OTRAS DIFERENCIACIONES CONCEPTUALES

Para distinguir con mayor claridad el fenómeno, se acude no solamente a las causas y a las consecuencias de la urbanización, sino que se la estudia desde perspectivas dinámicas o estáticas y se opta por determinados marcos conceptuales que tratan de justificar la diferenciación y el uso de términos como *urbanificación*, *urbanización*, *urbanismo*, *crecimiento de ciudades* y *crecimiento urbano*. El término *urbanización* se referiría al proceso a través el cual una determinada zona y su población se convierten en urbanos, o a la situación alcanzada por el proceso mismo en un cierto momento. La *urbanificación* consistiría en la afluencia de poblaciones rurales o semirurales a los núcleos urbanos para su radicación permanente (para diferenciarla de la *urbanización* entendida como el estudio y/o ejecución de las obras de infraestructura para la radicación de actividades humanas en áreas no ocupadas previamente). Para otros, la urbanificación sería el aumento en la proporción creciente de la población total de un país o área que vive en puntos relativamente permanentes de concentración o alta densidad, mientras que el urbanismo, sería un concepto mucho más amplio que incluiría las consecuencias

sociales y personales de la vida en los ambientes urbanos. Añádase a la discusión la noción de «crecimiento urbano», entendida como el incremento absoluto de la población urbana en las mismas tasas o en tasas semejantes a aquella misma tasa de la población total.

Pero además, la urbanización ha dejado de ser el resultado de una serie de circunstancias más o menos fortuitas, para convertirse en el objeto de una ciencia, la *urbanística*, y en el resultado de una acción: *urbanizar*; así, mientras la *urbanística* es concebida como la actividad que tiene por objeto la organización armónica, la sistematización racional, la coordinación constructiva de los aglomerados urbanos, *urbanizar* aparece en las diversas lenguas como el resultado de tal acción (rendre civil, urbanizzare, to civilise, to urbanise, zivilisieren, städtisch machen, tornar sociavel). Aparece así *lo urbano*, como un concepto que tiene un espectro de significación mayor que otros conceptos sociológicos de carácter histórico, pero al que a la vez se le hace una exigencia de concreción frente a fenómenos específicos; y la trama de la complejidad crece, pues mientras más diferenciaciones se hacen, más singularidades surgen, y las conexiones entre el proceso de urbanización y otros procesos de cambio se multiplican.

La cuestión no es sencilla. Se constata la dificultad de aferrar etimológica o conceptualmente un fenómeno que no se reduce al simple cambio geográfico y urbanístico del paisaje: bastaría tratar de responder a la pregunta de en qué consiste lo contrario de la urbanización; con demasiada frecuencia, además, los estudios sobre la urbanización están influido por ideologías y prejuicios. Una definición universal de lo urbano, aunque posible, no sería suficiente, porque se pide un nivel de concreción tal, que su aplicación permanece necesariamente restringida a un tipo determinado de sociedad. Una definición sociológica del concepto debería basarse sobre los aspectos más asociados a la estructura social que es característica de la sociedad urbana, en confrontación con aquella no urbana; pero si se tiene una mínima pretensión de universalidad, estos aspectos deberán ser lo suficientemente generales como para poder ser aplicados a tipos muy diferentes de sociedad. En esta pretensión se da una dificultad, porque la naturaleza de «lo urbano» y de «lo no urbano» varía drásticamente en relación a cada tipo de sociedad.

Por todo ello, se debe anotar que más que como un proceso *de* la sociedad, que afectaría exclusivamente a la relación urbano-rural y que tendría sólo implicaciones indirectas sobre la sociedad en su conjunto, lo urbano se refiere a un fenómeno, y la urbanización a un proceso que repercute en cada uno de los órdenes básicos de la sociedad y que implicará la *urbanización de la estructura económica* (predominio creciente de las actividades de los sectores secundario y terciario), la *urbanización de la estructura social* (expansión de las estructuras de clase y de su poder), la *urbanización de la vida política* (que rompe el monopolio «oligárquico» del poder), la

urbanización en el plano ideológico (que universaliza los valores, símbolos, imágenes y actitudes por obra de los medios de comunicación social), y en definitiva, la urbanización entendida como la globalización del mundo contemporáneo.

MÁS ALLÁ DE LO DEMOGRÁFICO-ESTADÍSTICO

En la práctica, sin embargo, la mayor parte de las definiciones de lo urbano —al igual de lo que sucede con las definiciones de la ciudad— son de tipo demográfico, estadístico u operativo; generalmente la urbanización viene definida por la porcentual de la población que reside en localidades urbanas. Se tiende a privilegiar el aspecto demográfico y se suele concebir el fenómeno como el continuo aumento de las ciudades en el mundo, el continuo aumento de la población residente en la ciudad, el creciente prestigio de los modelos de vida elaborados por la ciudad, o como el aumento del poder de los centros culturales políticos y económicos que tienen sede en la ciudad; la urbanización entendida como «la proporción de la población total que vive en centros urbanos, que a su vez, se definen por el número de habitantes», tiene un criterio demográfico variable pues el número mínimo de habitantes, necesario para indicar la diferencia entre una unidad urbana y otra no urbana, suele variar. Se olvida que lo urbano no se define únicamente por el número de su población o la importancia de su extensión, pues no son los millares ni los centenares de habitantes lo que constituyen el mundo urbano, sino la organización de una existencia colectiva. Lo urbano es una totalidad de orden distinto al de una mera adición. Una concepción meramente estadística además de carecer de valor explicativo, deja constancia únicamente de la creciente aglomeración de la población en los grandes centros urbanos, del crecimiento de la población urbana respecto a la población total, o de la difusión de las aglomeraciones urbanas en un territorio determinado, pero deja de considerar lo que constituye la esencia del fenómeno urbano.

MÁS ALLÁ DE LA CONTRAPOSICIÓN CON LO AGRARIO

Otra perspectiva pretende comprender el fenómeno de la urbanización contraponiendo y radicalizando, el carácter rural y el carácter urbano. La «sociología urbana», tal como la escuela de Chicago le da forma en los años cuarenta, parte de la antítesis ciudad-campo en una polaridad que se manifiesta en la casi exclusividad de las tareas agropecuarias, frente a la gran diversidad de ocupaciones urbanas. La antítesis urbano-rural aprovecha y recoge el viejo dualismo decimonónico, tal como lo plasmó la oposición de Tönnies, «comunidad-sociedad».

MÁS ALLÁ DE LAS REDUCCIONES ECONOMICISTAS

Otras teorías sociológicas hacen de la urbanización un arbitrario sinónimo de desarrollo económico y cultural. El texto clásico de esta perspectiva es G. Childe, *What Happened in History* (1936), en el cual, el fenómeno de la urbanización aparece como el criterio esencial de la aparición de la civilización, y a partir del cual muchos sociólogos americanos tratan de los hechos de la civilización bajo la rúbrica de la «revolución urbana». Aquí se vincula otra variable, la industrialización como fruto, medio o modelo de la urbanización; por urbanización habría que entender, por consiguiente, el proceso de transformación de las estructuras básicas de una sociedad del modelo agrario, al que realizó la ciudad occidental, convertida ya en centro industrial. Igualmente, los estudios de Kingsley Davis, L. Schnore, Kusntez, y Sidney Goldstein, se esfuerzan por mostrar una nítida relación entre urbanización e industrialización, e incluso se tipifica la figura de la «urbanización industrial». Aunque la urbanización puede ser *uno* de los procesos característicos de la sociedad industrial, la relación de causa-efecto es categóricamente desvirtuada al observar procesos de épocas pasadas, o actualmente, en los países del «tercer mundo», en los que el crecimiento industrial no siempre ha precedido ni ha acompañado el crecimiento del fenómeno urbano. Otro tanto hay que decir de la relación entre desarrollo económico y urbanización, concebida ésta como exclusiva consecuencia de aquel. Por el contrario, una sociedad se urbaniza, en todas y cada una de sus estructuras y dimensiones, incluyendo la vida rural y las actividades agrícolas.

UNA DIMENSIÓN CULTURAL: LA URBANIZACIÓN COMO *ESTILO DE VIDA*

Ciertamente el aumento demográfico de la población, la multiplicación de los centros urbanos, la configuración espacial, relacional y de poder, la industrialización y el desarrollo económico, entre otros factores, influyen sobre el desarrollo del fenómeno urbano; pero esta influencia no es unilateral ni exclusiva. En realidad, la urbanización puede ser concebida no solamente como el fenómeno histórico del transferimiento de la población agrícola hacia hábitat y ocupaciones urbanas, sino sobre todo, como la extensión espacial y la generalización social de los modos de vida urbana.

Esta visión se ha generalizado, especialmente a partir del escrito de L. Wirth, *Urbanism as a way of life*, cuya amplia concepción constata que el fenómeno urbano supera los confines administrativos de la ciudad, y se convierte en el proceso de desarrollo de aquellos factores que constituyen la así llamada «cultura urbana», a su sistema de valores, actitudes y comportamientos que se difunde por doquier. En tal sentido, se asume la afirmación de Sotelo (1972): “La urbanización alcanza a

la ciudad toda, como a toda sociedad. América Latina, como las demás partes del mundo, se halla inmersa en este proceso universal de urbanización” (p. 92).

El fenómeno urbano, en últimas, puede entenderse como un fenómeno cultural, la «cultura adveniente» que ya Puebla reconocía como un claro desafío para la Iglesia (*DP* 421-428)¹; se trata de una realidad social, con valores y estructuras, que encuentran en la ciudad el motor de desarrollo y en los medios de comunicación social el canal eficaz de su globalización. Por ello, los Obispos reunidos en Santo Domingo piden «realizar una pastoral urbanamente inculturada» e «inculturar el Evangelio en la ciudad y en el hombre urbano», para «discernir sus valores y antivalores y captar su lenguaje y sus símbolos», y para que en este nuevo contexto relacional y comunicativo se pueda anunciar, asimilar y re-expresar la fe y el designio salvífico divino (*DSD*, 256), pues como dice el Papa Juan Pablo II (citado en Cheuiche, 1988, p. 254), una fe que no crea cultura: “o no fue suficientemente anunciada, o no fue objetivamente asimilada, o no fue plenamente vivida”.

La ciudad, fruto de la fuerza creadora del espíritu humano, de su naturaleza racional, libre y social, conquista decisiva de la humanidad, acaba finalmente transformándose en sede e instancia cultural, a la vez que en generadora y motor de una nueva cultura. En efecto, si la cultura es el «modo particular como en un pueblo, los hombres cultivan sus relaciones con la naturaleza, consigo mismos y con Dios» (*DP*, 368), nos encontramos en el siglo XXI con una realidad cultural globalizada que tiende a transformar dichas relaciones y que a la vez ofrece nuevas oportunidades a la acción pastoral de la Iglesia. Si bien lo urbano se genera en la ciudad, no existe sólo en la ciudad, pues la mentalidad urbana penetra todos los ambientes, llega al medio rural, y «el mismo campo se urbaniza por la multiplicación de las comunicaciones y transportes» (*DSD*, 255). Por otra parte, si es verdad que lo urbano invadió lo rural, también es verdad que la cultura rural invade la ciudad, pues la migración lleva para la metrópoli no sólo las personas, sino también sus costumbres, su religiosidad y su modo de vida. Pero es en esta «adveniente cultura» urbano-industrial, donde la ciudad se transforma en un «horizonte mental». Pensada, proyectada y realizada en función de un trabajo

1 La denominación de «adveniente cultura», es identificada por Puebla con la «cultura urbano industrial» (*DP*, 421), enmarcada dentro del ambiente totalizador de la cultura (*DP*, 387) y de las grandes transformaciones culturales que atraviesa el continente latinoamericano (*DP*, 399); la «adveniente cultura», se caracteriza por una mentalidad científico-técnica, dominada por la idea de eficiencia, impregnada de racionalismo, controlada por las grandes potencias detentoras de la ciencia y de la técnica, que tiende a agudizar cada vez más el problema de la dependencia y de la pobreza en América Latina (*DP*, 417). El advenimiento de la cultura urbano-industrial que ha comenzado en el continente hace dos siglos, se va imponiendo como estilo común de vida mediante una determinada jerarquía de valores y preferencias, que «llega a amenazar las mismas raíces de nuestra cultura» (*DP*, 418).

eficaz, producción abundante y consumo de bienes, la principal morada del hombre se torna un signo de los tiempos, en cuanto su interior revela al mismo tiempo el más profundo anhelo de comunión y las más dramáticas e inhumanas condiciones (*DA*, 510).

Tal vez en esto consiste el carácter ambiguo de la cultura urbana, “fascinante y, al mismo tiempo, repulsiva; que atrae por la libertad que ella ofrece y por el sinnúmero de vocaciones que posibilita para los más diversos tipos de personalidad; que aleja por sus estructuras deshumanas, por el anonimato, la soledad y la angustia que produce” (Cheuiche, 1989, p. 243). Obra del hombre y en consecuencia producto cultural, la gran ciudad moderna es simultáneamente forjadora de cultura, pero dentro de la configuración más cabal de la cosmovisión antropocéntrica, en la que todo inicia en el hombre para terminar en él (p. 165-166). Frente a la «adveniente cultura» en cuanto cultura que viene de fuera, cultura foránea y, al mismo tiempo, en cuanto cultura que se impone desde la previsión del futuro, cultura del porvenir, se pueden asumir dos posiciones igualmente equivocadas: la absorción fácil y acrítica del nuevo estilo de vida, o el repliegue y el aislamiento; o bien se puede asumir el desafío de la elaboración de una nueva síntesis vital, a través de la cual se aseguraría el desarrollo de nuestra propia cultura, capaz de asimilar de modo propio los avances de un nuevo contexto relacional (p. 165-166). Ya lo reconoce el Documento de Aparecida cuando afirma: “se notan actitudes de miedo a la pastoral urbana; tendencias a encerrarse en los métodos antiguos y a tomar una actitud de defensa ante la nueva cultura, de sentimientos de impotencia ante las grandes dificultades” (*DA*, 513).

LA CULTURA URBANA COMO DESAFÍO A LA EVANGELIZACIÓN

La realidad de la cultura urbana, en cuanto constituye el estilo común de vida actualmente más intenso y universal, y en cuanto adquiere en Latinoamérica unas características singulares, se plantea como un desafío para la Iglesia que está llamada a anunciar el Evangelio en la realidad de la ciudad, en la cual «se altera la forma con la cual en un grupo social, en un pueblo, en una nación, los hombres cultivan su relación consigo mismos, con los otros, con la naturaleza y con Dios» (*DSD* 255). Un acercamiento fenomenológico a la realidad concreta del hombre urbano, hace evidente los múltiples retos que la cultura urbana ofrece a la evangelización y la necesidad de un profundo discernimiento por parte de la Iglesia, que le permita anunciar el Evangelio a un hombre que tiene un modo característico de ser, de vivir y de convivir, de sentir y de pensar, de trabajar y de descansar, y que presenta un tipo diverso de hombre: confía en la ciencia y en la tecnología; está influido por los grandes medios de comunicación social; es dinámico, abierto, extrovertido

y proyectado hacia lo nuevo; consumista, audiovisual, anónimo en la masa y desarraigado. Este nuevo estilo de hombre, hace de la urbe lugar y ocasión de comunicación, que urge y exige «comunicadores que tengan los mensajes adecuados para el hombre de hoy, y a la vez, comunicadores que conozcan cómo habla la ciudad de hoy, qué dice, qué necesita» (Méndez, 1990, p. 58).

La historia de la evangelización entendida como la historia del encuentro o de los desencuentros del evangelio con las culturas, permite entender la propuesta de la «evangelización de la cultura» como el llamado a trazar nuevos caminos basados en la experiencia y en la imaginación, pues los antiguos caminos ya no funcionan para conducir al encuentro del hombre con Dios. En efecto, después de afrontar en los primeros siglos el mundo urbano y pluralista de la cultura greco-romana —en la que el campo tenía un contexto eminentemente pagano—, la Iglesia echó raíces en el contexto de una cultura predominantemente agraria; mientras que el monaquismo y otros fenómenos evidenciaron el rechazo de lo urbano, es palpable en el campo religioso una cierta hostilidad frente a todo lo que se le relacione y son evidentes los nostálgicos anhelos por volver a los antiguos vínculos entre cristianismo y vida rural.

El proceso de urbanización vivido en los dos último siglos, y la nueva cultura que se constituye, hacen que el «problema urbano» se torne un «problema pastoral» y multiplica las dificultades que se plantean a la misión evangelizadora de la Iglesia². En el contexto de la «urbanización de los espíritus», los medios de comunicación social, además de crear nuevos valores y contravalores asumen tareas reservadas antes exclusivamente al púlpito; expresiones, costumbres, fiestas, y celebraciones, son despojados de su original sentido religioso y se transforman, en simples celebraciones sociales, el catolicismo empieza a aparecer en el mundo urbano, como una de las múltiples posibles opciones que se le ofrecen al hombre, el contorno secular y plural de la sociedad ya no empuja a vivir espontáneamente la fe cristiana; los valores que promueve la sociedad de consumo, además, “entran inevitablemente en conflicto con los valores que promueve el evangelio, tales como la solidaridad, la austeridad, la gratuidad y la fidelidad” (Rincón, 1989, p. 133-136).

Además, la Iglesia, que durante décadas se venía preparando para el diálogo con la modernidad, se encontró de la noche a la mañana con el movimiento postmoderno, con cada vez más dinámicos contextos sociales y con una secularización y un pluralismo crecientes, que la pueden hacer aparecer como

2 “El mundo evolucionó y en los últimos años se hizo más evidente el impacto de la modernidad sobre la realidad brasileña y sus repercusiones en el campo religioso. Existe un fenómeno particularmente decisivo para el catolicismo popular de origen rural: la urbanización” (CNBB, 1996, n. 46).

«ajena» o «perdida» en medio de la compleja realidad de las grandes ciudades (Cheuiche, 1989, p. 170-171); esta problemática, sin embargo puede estimular una renovación interior de la comunidad cristiana, al exigirle revisar la manera de transmitir la fe y al replantear el estilo que han de revestir el testimonio cristiano en la ciudad y las actitudes y las estructuras pastorales de la Iglesia.

Las periferias invadidas por el proselitismo de sectas religiosas, la incapacidad evangelizadora de las instituciones tradicionales, la pérdida de sentido de muchos signos religiosos, la insuficiencia de ministros que cubran el desbordante crecimiento cuantitativo de las urbes, la diversidad de enclaves culturales, la multiplicación de los problemas morales y sociales, la falta de compromiso y la corrupción política, la inadecuación de los planes y la falta de respuestas pastorales eficaces, son algunos de los signos que hacen evidentes las dificultades que vive la iglesia en la ciudad. La tentación eclesial de refugiarse en decisiones verticalistas y uniformadoras, se confronta con la cruda realidad de un hombre urbano que rechaza los dogmatismos de manera creciente, que no obedece a reglas, que no lee las cartas pastorales, que no pertenece a los cerrados grupos parroquiales. De cara a la realidad, la Iglesia y el creyente no sólo tienen que demostrar que la fe puede iluminar los problemas y los anhelos más profundos del hombre, sino que necesitan buscar los lugares más adecuados para anunciar el evangelio: “en una sociedad marcada por la informática y por la movilidad, los hombres ya no se encuentran allí en donde se encuentra la Iglesia. El hecho sólo puede conducir a una conclusión: la Iglesia se encuentra en el lugar equivocado” (Blank, 1991, p. 12).

Este cambio de perspectiva también debe hacerse en relación con la nueva cultura, asumiéndola como desafío, porque así como de la realidad urbana brotan los problemas, las angustias, las frustraciones, las aspiraciones del hombre urbanizado, en ellas se pueden buscar los criterios y principios de anuncio y vivencia del evangelio. Fácil sería contraponer el antropocentrismo de la cultura urbana latinoamericana con la idealizada experiencia agraria: en ésta, el contacto con la naturaleza suele favorecer la experiencia de la trascendencia; en aquel, suele identificarse la causa y el espacio propicio para la indiferencia religiosa y el ateísmo. No sólo es necesario rechazar la aparente incompatibilidad entre urbe moderna y religión, sino que se requiere asumir la cultura urbana latinoamericana como un desafío para la conciencia religiosa y para la vida cristiana, que exige renovar la evangelización y crear estructuras y estrategias eclesiales nuevas; algunas propuestas han sido explicitadas por el Documento de Aparecida (p. 517-519).

La imperiosa necesidad de elaborar una síntesis nueva entre fe y cultura, entre razón y fe, entre trabajo y contemplación, entre libertad y solidaridad, entre confort y austeridad, entre tecnología y ecología, no puede ser una simple estrategia en orden a facilitar una comunicación unidireccional, sino que debe consistir en la estructuración de una verdadera pedagogía de valores para la

consolidación de una convivencia urbana más humana y cristiana, que posibilite la evangelización de la dinámica cultural urbana (Vélez, 1991, p. 229): las exigencias de revivir lo comunitario en medio del anonimato urbano, la necesidad de entrar en comunicación con el hombre audiovisual, que en la ciudad ha reemplazado al hombre tipográfico, la conciencia de la existencia de las múltiples racionalidades que se yuxtaponen al interior del ciudadano, los crecientes cuestionamientos éticos, la reconstrucción y vivencia de los valores evangélicos, las múltiples posibilidades de los medios de comunicación social, los novedosos símbolos que surgen, las exigencias y necesidades que se acrecientan, son sólo algunos de los nuevos elementos culturales urbanos que plantean a la Iglesia el imperativo de rehacer allí, desde una dimensión trascendente, las relaciones consigo mismo, con los otros, con la naturaleza y con Dios (Rincón, 1989, p. 140-145). Así como en la primera evangelización el Imperio Romano propició un espacio abierto y sin fronteras para el anuncio del evangelio, ¿no será “la cultura urbana el nuevo espacio universal para una nueva evangelización? Nueva en su ardor, en sus métodos y en su expresión” (Cheuiche, 1989, p. 187).

LA EVANGELIZACIÓN DE LA CULTURA COMO INCULTURACIÓN URBANA DEL EVANGELIO

La historia de los términos que median la relación entre el evangelio y la cultura es bien compleja: cuando el fenómeno urbano empieza a emerger en el discurso de la Iglesia, con la Carta *Octogesima Adveniens* de Pablo VI, no puede contar aún con una reflexión teórica estructurada al respecto. Ciertamente, era notorio el avance conceptual del Concilio Vaticano II, al referirse en la Constitución *Gaudium et Spes* (44) al sano fomento del proceso cultural, a la situación de la cultura en el mundo actual, al reconocer al hombre como autor de la cultura y al estudiar los problemas derivados de la relación e interconexión con la fe y con el Evangelio; el Concilio Vaticano II reconoció la variedad de formas culturales, y el surgimiento de un nuevo humanismo, e invitó a buscar nuevos caminos para que la salvación de Cristo «fecunde desde sus entrañas» las modernas estructuras de convivencia, las regenere, eleve y restaure en Cristo, y para que la Buena Noticia penetre en el alma colectiva de la humanidad³.

3 La constitución *Gaudium et spes* dedica al tema, de manera explícita, los números 53-62, e indica el sentido general del término cultura, referido a «todo aquello con lo que el hombre afina y desarrolla sus innumerables cualidades espirituales y corporales» (GS, 53); con la aceptación de sus variados aspectos históricos, sociales, sociológicos y etnológicos, abre las puertas al reconocimiento del pluralismo cultural. El deber de «perfeccionar» (GS, 54), «favorecer», «armonizar» (GS, 56) «ayudar» y «estimular» (GS, 57) las relaciones entre fe y cultura, se hace explícito con la conciencia de que la Iglesia «no está ligada de manera exclusiva e indisoluble a raza o nación alguna», y que

Esta radicalidad será asumida en la *Evangelii Nuntiandi*, cuando Pablo VI invitará de modo explícito a la «evangelización de la cultura», afirmando que «es necesario evangelizar —no de una manera decorativa, con un barniz superficial, sino de manera vital, en profundidad y hasta sus últimas raíces— la cultura y las culturas del hombre». Evangelio y cultura no se identifican, pero tampoco son incompatibles; sin embargo, la ruptura que en la actualidad se da entre el Evangelio y la cultura, exige «hacer todos los esfuerzos posibles en aras de una generosa evangelización de la cultura, o más exactamente, de las culturas. Ellas deben ser regeneradas mediante el encuentro con la buena noticia» (EN, 20).

Pero durante el Sínodo de Obispos de 1974, del cual es fruto la *Evangelii Nuntiandi*, fueron duramente cuestionados los términos utilizados en el Concilio para referirse a la relación entre evangelio y cultura, por cuanto los términos «adaptación» o «acomodación» sugerían la idea de transplante, y aunque se utilizaba la rica expresión «fecundar desde dentro», ésta se podía referir más a la ambientación del evangelio ya inserto en otros ambientes culturales; también será criticada la «aculturación», entendida como el proceso que posibilita la evangelización de la cultura y garantiza la penetración de la Palabra de Dios en el ámbito de los valores de la cultura, conforme a la enseñanza de la exhortación post-sinodal, por cuanto no solamente no expresaba toda la peculiaridad del encuentro *sui generis* entre evangelio y cultura, sino que asumía connotaciones negativas y peyorativas, como sinónimo de conflicto cultural, producto de la dominación político-económica, de dominación cultural, e incluso de «destrucción axiológica». Es Juan Pablo II quien en la Exhortación *Catechesi Tradendae* (1979), introduce oficialmente en el discurso magisterial el término *inculturación*, considerando que «a pesar de ser un neologismo, expresa muy bien uno de los componentes del gran misterio de la encarnación» (53). Desde entonces, se ha impuesto esa expresión para indicar el proceso de evangelización de la cultura, asumiendo los sustratos conceptuales de la antropología y de la sociología cultural, pero redimensionándolos desde una clave teológica, y ubicándolos en íntima sintonía con el acontecimiento salvífico de la encarnación, tal como lo expresa el Papa en las encíclicas *Slavorum Apostoli* (1985, n. 21), *Redemptoris Missio* (1990, nn. 39.52.67), y *Centesimus Annus* (1991, nn. 24.50.51), y en la Exhortación *Pastores Dabo Vobis* (1992, n. 55).

Es este largo proceso evolutivo de la auto-comprensión de la misión eclesial considerada dentro del marco de las relaciones entre fe y cultura, el que permite

«puede entrar en comunión con las diversas formas de cultura» (GS, 58). En tal sentido, se evidencia la necesidad de «compaginar» o «adaptar» el Evangelio y la cultura, ya que por cuanto la fe eleva, regenera y perfecciona la cultura, y a la vez, la cultura sirve a la fe para poder expresarse, comprender y profundizar la verdad revelada, el encuentro entre fe y cultura se lleva a cabo mediante la «adaptación» y la «acomodación». La fe se adaptaría a la cultura y la cultura tendría que acomodarse a la fe.

redimensionar no solamente el quehacer, sino fundamentalmente el ser de la Iglesia que se inserta en la peculiar realidad cultural de las ciudades latinoamericanas: la Tercera Conferencia del Episcopado latinoamericano siguiendo muy de cerca las orientaciones del Vaticano II, y las líneas explicitadas en la *Evangelii Nuntiandi*, asumió la evangelización de la cultura, como objeto de la misión evangelizadora de la Iglesia. El grado de evolución conceptual alrededor del problema de la cultura se hace evidente en Puebla, cuando reconoce que ella abarca la totalidad de la vida de un pueblo, el conjunto de valores que lo animan y de desvalores que lo debilitan, constituyendo la conciencia colectiva de los miembros; «la cultura comprende, asimismo, las formas a través de las cuales aquellos valores o desvalores se expresan y configuran, es decir, las costumbres, la lengua, las instituciones y estructuras de convivencia social» (DP, 387).

“Enviada por el Señor Jesús a todas las gentes, a todos los pueblos de todos los tiempos, portadora de un mensaje de salvación destinado a todas las culturas, la Iglesia tiene, por tanto, como tarea inicial, integrarse en el estilo de vida común del pueblo al que se dispone evangelizar, sin el cual se torna imposible el encuentro, por dentro, del mensaje de salvación de Cristo con la cultura” (Cheuiche, 1994, p. 339); se trata del encuentro largo, progresivo y constante entre dos realidades ricas y profundas: la revelación gratuita de Dios y el proyecto de vida de la realidad urbana, en el que la gracia divina no está ausente. Evangelizar la cultura urbana significa entonces, *inculturar* el mensaje de Cristo y el misterio de la Iglesia dentro del estilo de vida propio de la ciudad; significa *encarnar* la Buena Noticia en el alma colectiva de la ciudad, para que la salvación de Cristo «fecunde desde sus entrañas» las modernas estructuras de la convivencia urbana, las regenere, eleve y restaure en Cristo.

El anuncio del *kerygma* debe tocar los puntos nodales de la realidad que envuelve al hombre concreto de la ciudad, los problemas del mal, la muerte y el desamor, debe llegar hasta el corazón del modo de vida urbano de manera constante y progresiva, redimensionando el papel de la familia, repensando la planeación, adaptando la pastoral a los diferenciados ambientes urbanos, a la intensa movilidad de la población, a la especialización de las áreas, a la «parroquialidad afectiva», a la saturación de información. De la misma manera, la mentalidad y la sensibilidad del hombre urbano cuestionan algunos aspectos de la forma de celebrar la fe, y alimentan la toma de conciencia sobre la necesidad de una adecuada y equilibrada inculturación en la liturgia, celebración de un Misterio transcultural, que se expresa en lenguaje, signos y símbolos específicos.

Es precisamente la consideración de dicho carácter transcultural del mensaje evangélico, lo que permite que la evangelización de la cultura urbana no se reduzca a una identificación con ésta, sino que proponga al hombre urbanizado la salvación de Cristo, tocando su conciencia, llamando a la conversión, y proyectándose en el

ethos social, en sus instituciones y estructuras, y confrontando los elementos que están en contraste con la Palabra de Dios (*EN*, 19-20; *DISD*, 20). Se da así, una recíproca relación de apropiación entre el mensaje cristiano y la cultura urbana; el mensaje de salvación de Cristo tiene que apropiarse de elementos de la cultura urbana, de sus categorías mentales, lenguaje, valores y estructuras de convivencia, y la cultura urbana tiene que apropiarse del sentido último que el evangelio otorga a la ciudad y de los medios que para ello propone; la inculturación de la Buena Noticia en el mundo urbano y la fecundación de la ciudad moderna por el mensaje evangélico, exigen una propuesta que se adecúe en sus términos, a las categorías mentales y al lenguaje del hombre urbanizado, que acentúe sus valores y que denuncie sus deficiencias; esta adecuación permitirá la acogida y la asimilación del evangelio, vividas dentro de un proceso gradual, posibilitará la re-expresión de la fe en el lenguaje cultural propio, y se constituirá a la vez, en un aporte a la catolicidad de la Iglesia.

Finalmente, aunque parezca obvio, es necesario resaltar que la inculturación del Evangelio consiste en una dinámica procesual que tiene que surgir y alimentarse de una profunda vida en el Espíritu, referida a Dios Trino, celebrada en la comunidad eclesial y en la liturgia. Frente a los peligros de una mística que se casa sin condiciones con el espíritu del tiempo, se exige discernir las ventajas y obstáculos que presenta la situación urbana para la espiritualidad, y encausar y posibilitar nuevos procesos de fe en los nuevos contextos, sin absolutizar lo relativo, sin universalizar lo particular, sin dogmatizar lo opinable.

Es necesario elaborar actitudes de búsqueda, de experimentación, de apertura a nuevas formas de Espiritualidad y afirmar las que ya han manifestado eficacia, reconociendo que el ambiente urbano evidencia una particular sensibilidad religiosa y se presenta como un espacio propicio para favorecer y para cultivar el silencio y la contemplación, para defender la dignidad humana y la personalización de las relaciones, para formar en el verdadero sentido de la penitencia y la austeridad, y para testimoniar el amor que salva del pecado y llama a vivir la santidad en la Iglesia, como alegres misioneros y testigos de las bienaventuranzas; se exige así, una *pedagogía de la fe* que permita al hombre de la ciudad, que ya no la recibe por tradición o por herencia, vivir una experiencia de Dios original y diferente, y una espiritualidad que se fundamenta en la oración como expresión de la comunicación religiosa, en la Gracia como conciencia que la salvación viene de Dios, en la Esperanza que salva de las ideologizaciones y en el realismo que supera el sentimentalismo (Vélez, 1991); recogimiento, ascesis y mística, parecen utopías en confrontación con el dinero, el sexo y el confort, pero pueden hacerse tópicos si se da una audaz y verdadera reconstrucción desde el evangelio en la ciudad (Álvarez, 1992).

La construcción cotidiana en la ciudad, de una espiritualidad vivida como tarea, permite entender su entramado social como lugar de revelación de lo divino y posibilita actitudes de gratitud y alabanza por parte del creyente, pero a la vez exige una inteligente utilización de los medios de comunicación, una revalorización de los signos y de los símbolos y un fortalecimiento de las pequeñas comunidades, de las «koinonías» de talla humana, en las que se pueda compartir la fe personal, la solidaridad con los pobres y los marginados, la comunicación de bienes, la reunión en asamblea eucarística, el compromiso social común y el proyecto evangelizador.

La espiritualidad de la ciudad necesita ser confrontada con una auténtica *teología del pecado*, entendido como negación de Dios y del prójimo y de toda recta valorización del mundo, a la vez que requiere ser estimulada por un llamado a la *santidad*, como ideal posible; también se exige una creciente capacidad de la Iglesia para inculturarse, en el proceso de inculturar el evangelio, la liturgia, los sacramentos, las devociones, y la misma oración personal y comunitaria, y para reformular también categorías vitales para la fe como pobreza, bienaventuranza, misión, testimonio, cruz, dolor, y alegría, para permitir liberar al hombre de la ciudad del odio, de la violencia, de la agresividad y de la venganza. Urge una espiritualidad que ponga la *caridad* en el centro de la vida del hombre urbano, que le plantee que es posible amar y que tiene sentido amar, y que alimente, en la inculturación del evangelio, la construcción de la civilización del amor (Pol, 1989). Nada de esto es posible si no es realizado por una Iglesia en camino de *conversión* que invita al hombre urbano a volver sus ojos y su vida al proyecto de vida de Jesús.

CONCLUSIÓN: LLAMADO A LA CONVERSIÓN

En el empeño por realizar una nueva evangelización de la cultura urbana, por inculturar allí el evangelio y por promover en ella al hombre, se constata la exigencia de una nueva manera de ser Iglesia: en efecto, sólo respondiendo de manera más intensa al continuo llamado que Dios hace a la conversión, podrá la Iglesia testimoniar su sacramentalidad en la comunión y la participación, en la pobreza vivida, en el servicio a la persona humana, particularmente a los marginados, y se constituirá en verdadero signo de esperanza en el mundo urbano. La conversión personal y comunitaria, expresada en la promoción humana y en la inculturación del evangelio como exigencias de la nueva evangelización, permitirá configurar un modelo de Iglesia viva y dinámica, promotora y libertadora del hombre, y un nuevo estilo pastoral, que abierto a la acción del Espíritu, haga cada día más visible el Reino de Dios instaurado por Cristo.

REFERENCIAS

- Álvarez, A. (1992). *Mística y secularización. En medio y a las afueras de la ciudad secularizada*. Santander: Sal Terrae.
- Blank, Renold. (1991). Desafios da evangelização num mundo eletronicado e urbano. *Vida Pastoral* 159, 9-12.
- CNBB. (1996). Rumo ao Novo Milênio. *Documento 56 da 34ª Assembléia Geral da CNBB*. São Paulo: Ed. Salesiana Dom Bosco.
- Cheuiche, Antônio. (1988). Cultura urbana: reto a la evangelización. En AA.VV.: *Cultura y evangelización en América Latina* 241-259. Santiago: Ed. Paulinas-Ilades.
- _____. (1989). Evangelización de la cultura urbana. En Celam (ed.), *Cultura urbana, reto a la evangelización*. Bogotá.
- _____. (1994). Inculturação e endoculturação da Igreja nas culturas urbanas. *Medellín* 79, 333-356.
- Méndez, Raúl. (1990). *El fenómeno urbano*. Bogotá. Celam.
- Pol, O. (1989). Situación urbana y espiritualidad. En Celam (ed.), *Cultura urbana, reto a la evangelización*. Bogotá.
- RAE. Real Academia Española, *Diccionario de la lengua*, II.
- Rincón, Alfonso. (1989). La ciudad y las mediaciones. En Celam (ed.), *Cultura urbana, reto a la evangelización*. Bogotá.
- Sotelo, Ignacio. (1972). *Sociología de América Latina: estructuras y problemas*. Madrid: Tecnos.
- Vélez, Jaime. (1991). Pastoral de la metrópoli y pedagogía de valores. En Celam (ed.), *Hacia la Cuarta Conferencia*. Santafé de Bogotá.